

Humph y Mop

La entrevista propiamente tal con Humph y Mop se llevó a cabo sin las consecuencias temidas. La verdad es que fue como si no se hubiera llevado a cabo en absoluto. Entré a una sala con reproducciones de Picassos y Cézannes en los muros, sillones de cuero y mesas de pimpón cubiertas con manteles de papel, en las que había jarras con abominable orange squash tacillas de café aguado, sandwiches de queso y salchichas frías, duras como palos, y después de conversar unos cuarenta minutos con un estudiante sudanés, un individuo de maneras suaves, impecablemente vestido de gris, reposado, cálido y a la vez, muy británico, salimos juntos y continuamos conversando hasta el paradero del bus. Hubo dos breves interrupciones en esa conversación. La primera, a los pocos minutos de haber entrado yo a la sala. Mr. F., el representante del Consejo, me llevó hasta un grupo de tertulios mayores, entre cuyos nombres distinguí los de Mop, de pelo negro y cara huesuda que reía estrepitosamente, y Humph, calvo y canoso, de ojos muy claros, que parecía tener muchas ganas de irse cuanto antes de la reunión. Mr. F., en cumplimiento de sus funciones, no dejó sin presentar a ninguno de los becados extranjeros, que habíamos en la sala. Mop y Humph nos recibieron a todos con el mismo 'How do yo do' cortés pero a un tiempo conminatorio, pues inducía, con tanta claridad como una orden policial, a circular. Circulé con el nuevo amigo Abdallah. La segunda interrupción ocurrió cuando el sudanés y yo dejamos el recinto de la Universidad. Un anticuado Hillman, que cruzó la verja a nuestra siga, se detuvo y por su ventanilla apareció el largo brazo de Mop que me llamaba. Le oí preguntar si era yo el chileno, y estoy seguro de haberle escuchado, en medio de sus explosiones de risa, algo así como "I wonder" por qué vino de tan lejos a un lugar tan poco civilizado como éste. "I beg your pardon?" "No, nothing. Pase a verme si alguna vez se le ofrece algo. Bye".

"He is supposed to be an eccentric", me explicó Ibn Abdallah, recién llegado como yo, pero mejor informado, y contaminado, desde su antigua parte del ex imperio por las tonalidades inglesas. "¿Y Humph?"

"De Humph no se sabe nada. Vi-

ve solo en una pieza en la ciudad y se dice que le suben las comidas desde un pub en el primer piso de la casa. Pero nadie ha logrado ubicar el pub. Se dice que fue casado hace muchos años, o que vivió con una mujer, pero se cree que son rumores. No está nunca en su oficina ni en la biblioteca. Siempre llega un poco tarde a sus clases, lee unos papeles arrugados, muy viejos, los mismos de hace muchos años, y se va un poco antes de que la hora termine. Nadie lo ve salir de la universidad, pero se sabe que ha salido. Se desvanece. Muchos sostienen que no existe".

Ibn Abdallah acabó de hablar y me miró.

"Tipo interesante", dije.

Tal vez yo tenía ideas peculiares acerca de lo que era existir.

"Por cierto que son cuentos", clarificó Abdallah.

"Pero Mop", continué, "existe ¿no es así?"

Era un hecho que yo tenía ideas peculiares.

"Humph también", repuso Abdallah. "Humph también existe".

"Pero si busco a Humph no lo voy a encontrar ¿verdad? En cambio, si busco a Mop ¿lo encontraré o no?"

Abdallah se rascó la cabeza.

"Pero durante sus clases lo encuentras", dijo.

"Entonces quiere decir que existe", dije.

"¡Pero te lo vengo diciendo hace rato!", exclamó Abdallah, con franca angustia.



"Tienes razón", dije. "No te había comprendido bien".

"Listen", dijo Ibn Abdallah, luego que hubimos andado unos pasos después de habernos detenido para encender un par de cigarrillos. Y esto concluyó de romper su pose británica:

"Listen ¿me has estado tomando el pelo?"

"No", afirmé, conquistado por su candor, y me rei.

Abdallah estalló en una carcajada. "¿No? ¿Cómo que no? Vamos a ser buenos amigos", dijo. Y acto seguido haciendo gala de hospitalidad nos invitó a mi mujer y a mí, a cenar a su departamento.

Nos pusimos de acuerdo sobre el día y nos separamos efusivamente. Pero no pude olvidar tan pronto la entrevista que no tuvo lugar con mis profesores. Como lo dejara sumamente en claro la conversación recién concluida, el primero, en términos prácticos, no existía. En cuanto al segundo... ¿podía creer en el testimonio de mi vista y mis oídos? Era verdad que había parado el coche sólo para preguntarse en alta voz y ante mí por qué me había tirado la carreta desde el fin del mundo para dar en un sitio como éste? "Poco civilizado" lo había llamado. "Poco civilizado". Evidentemente lo era, y en cubrir ese hecho lamentable se había jugado durante cierto viaje en automóvil la lealtad local de Mr. F. Pero yo no esperaba hallar la punta de lanza de la quinta columna en la persona misma de Mop. ¿Quién más formaría en ella? Abdallah, sin duda. Mientras bebía café, haciendo comentarios sobre el mal café que bebían los ingleses—eso era sin duda muy british: abominar a grito pelado (no, jamás a grito pelado) pelado (no, jamás a grito pelado), a voz en cuello (tampoco), de viva voz (no, sólo que Abdallah abominó de viva voz), en voz alta (sí, pero no necesariamente), abominar simplemente (eso es) de lo que se estaba haciendo, sin deseo alguno de dejar de hacerlo—mientras bebía café digo, Abdallah opinó que Hull era "a back water". Sólo que Abdallah era tan marginal como Huneus: foreigners, para no llamarlos otra cosa. Lo importante era que Mop fuera de los nuestros. Su modo de manifestarlo fue sin duda extemporáneo, pero algo tendría que salir de allí. "Pasé a verme si alguna vez se le ofrece algo".